María Cuadra, fuera de escena

María Cuadra y Eduardo de Santis contemplan Madrid desde la planta 13 del rascacielos de la avenida de América, donde viven

LA aparición de María Cuadra en la escena española, hace muy pocos años, ha despertado una gran curiosidad no sólo en el mundo teatral, sino en la vida de sociedad.

Recientemente, en uno de esos innumerables cócteles que a diario tienen lugar en Madrid, se suscitó el tema de María Cuadra en un grupo donde estaban en pie, con una copa en la mano, dos escritores, una señora del gran mundo y una periodista italiana.

—La verdad es que María Cuadra no se parece a nadie, ni como mujer, ni como actriz. No es eso que en España entendemos por una «mujer guapa»; pero es enormemente original y graciosa; tampoco se viste mucho y, sin embargo, es elegante, ligera, enormemente graciosa. Como actriz hay que decir que es una buena actriz, una primera actriz para nuestro teatro moderno. Y es gran actriz sin aparato, como es toda ella: enormemente natural—aclaró un ilustre escritor de los que todos los años hace su viajecito a París para ver lo que ponen en los teatros y asomarse a los escaparates de las librerías.

María Cuadra interesa en la escena y fuera de la escena, ésta es la realidad. Siendo tan joven y casi recién llegada a nuestro teatro, María ha tenido desde el primer momento eso que se llama «buena prensa».

Es una mujer moderna por los cuatro puntos cardinales, lo cual no quiere decir que sea detractora de lo tradicional. Hay aspectos que le interesan más que otros; pero jamás tiene una palabra de censura. Le encanta la vida del teatro y su mundo, aunque luego el suyo sea bien diferente.

El mundo de María Cuadra es muy familiar, pero nada burgués. Por su matrimonio con el actor y guionista italiano Eduardo de Santis, su vida está contrastada de manera cotidiana por el gusto común por las mismas cosas, por lecturas extranjeras bien sean comedias, novelas o revistas informativas del último estreno o de la película de que se habla en París.

María Cuadra interesa al público, pero el público sabe muy poco de María Cuadra.

Ahora estamos con María y con Eduardo de Santis, deseando que de la conversación salga el argumento de la historia de María Cuadra.

Nos casamos en Madrid, en la Parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, a las seis y media de la mañana

—En realidad he de decirte que no sé dónde has nacido. Tu nombre no ha sonado unido a la región o más bien al punto de tu nacimiento.

—No tiene nada de extraño, pues siendo muy niña, durante la guerra, me llevaron a Valencia, donde pasé mi niñez y empecé a estudiar. Nací en Madrid, en la calle Martín de los Heros, 84. Creo que la casa ya no existe, pues fue destruída por una bomba de aviación.

María Cuadra es la más pequeña de once hermanos, de los cuales quedan cuatro chicas y cuatro chicos.

—¿Tu padre era actor?

—No; en mi familia yo soy la primera que me dedico al teatro.

SIGUE ▶

—Entonces, tu padre era industrial.

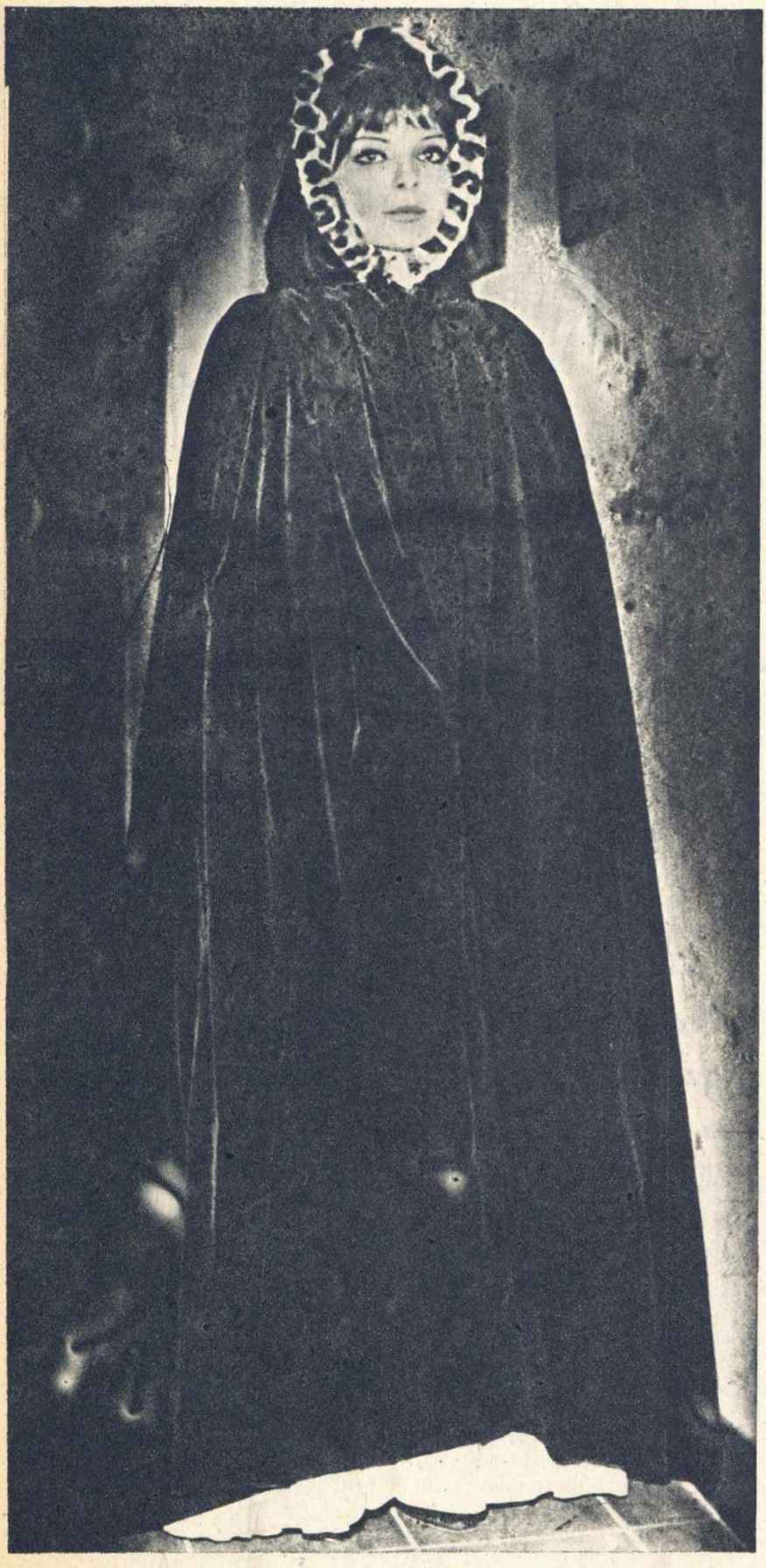
A María —que tiene alma de niña— le divierte este juego de acertijos en el que cada vez me alejo más.

—Ríndete, porque no acertarás.

No me rindo y largo hasta más de veinte profesiones distintas hasta que, por miedo de hacerme pesado, me rindo.

—Mi padre era matador de toros. Se llamaba Antonio Cuadra «Antoñete». Había nacido en Almadén y era hijo de una de las más importantes familias de allí. De joven se marchó de polizón en un barco que iba a América del Sur y allí se hizo torero. Era

María Cuadra en «Casa de muñecas», de Ibsen



discípulo de Gaona y tuvo mucho éxito. Ganó mucho dinero. Cobraba todavía en monedas de oro. Cuando vino a España era rico en oro.

Se casó en Madrid, en la iglesia de la Almudena, y porque lo rogaron sus suegros y su mujer dejó los toros Antonio Cuadra «Antoñete».

—Con el dinero que había ganado en América compró coches de gran turismo y los puso al punto. Cuando murió tenía sesenta y tres años y yo acababa de cumplir catorce.

María Cuadra, de cerca, es una mujer que tiene una gran clase, una buena raza. Hay en ella algo de gata pintada y animada por Walt Disney. (La palabra gata está muy desacreditada desde que se aplicó tanto a las tonadilleras del cuplé y en particular a Raquel Meller.)

—En Valencia estudié en una escuela organizada por unos periodistas muy importantes de Valencia, que eran también autores teatrales. Se llamaban Amigos de la Poesía. Fui la primera alumna y a lo largo de tres años de estudio fui primer premio.

Empezó a trabajar allí, en Radio Valencia, como actriz. Interpretaba un guión para un programa infantil.

—Entonces la cadena de la SER organizó un concurso entre actrices de toda España, y yo, al cabo de un año que duró el curso, quedé finalista. Es decir, que gané el concurso. El premio consistía en un empleo en Radio Madrid y vine a trabajar en «Cabalgata fin de Semana».

Fueron padrinos de boda un viejo y una mujer a los cuales no habíamos visto nunca

La vida de María Cuadra no es, como la de tantas y tantas mujeres jóvenes, una vida que puede ser anodina o tremenda. Las dos cosas están muy de moda en nuestra época. A las que juega la juventud actual.

La vida de María Cuadra empieza a ser interesante, aunque de que ya lo fuese por ella misma, a partir del momento en que va a Italia y conoce a Eduardo de Santis.

Fue a Roma para asistir a un festival de cine y, al mismo tiempo, para participar en una coproducción hispano-italiana.

—El mismo día que llegó María Jesús a Roma —dice Eduardo de Santis— nos encontramos en un cóctel. La vi entrar en el hotel, donde yo estaba sentado en el «hall». Me fui hacia ella, intencionado, la saludé... Hablamos muy poco aquella noche. Luego estuvimos incomunicados porque ella se fue por su lado y yo por el mío. Durante más de una semana pregunté por ella a sus amigas, pero nadie sabía darme razón. Fue una semana angustiosa.

Hasta que un día, cuando menos podía pensar que iba a encontrarla, María Cuadra entró en los famosos estudios Cinecittá de Roma. Allí estaba Eduardo de Santis.

¿La tomé por el brazo, sin despedirme de las personas con quien yo estaba, la saqué al parque y le pedí que se casara conmigo.

En aquel momento, Eduardo de Santis había trabajado en trece películas, entre ellas una sobre la vida de Verdi y otra sobre la vida de Bellini; el resto, como protagonista en el cine musicalista. También había hecho teatro y televisión.

—Al día siguiente de encontrarnos en Cinecittá uno por un lado nos ocupamos de pedir nuestros papeles para casarnos. Tardamos un mes y pico en sacar toda la documentación necesaria. Entre tanto, hicimos juntos una película, que no se llegó a terminar, titulada «La coqueta», con Renato Salvatori, dirigida por Mario Bolognini.

La boda en Madrid de estos dos actores jóvenes fue un acontecimiento del que se ocupó la prensa, no por su carácter rimbombante, sino por su forma original.

—Nos casamos en Madrid —dice María Cuadra—, en la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel, a las seis y media de la mañana, sin más testigos que la gente que iba al mercado por allí. Fueron padrinos un viejo y una mujer, los dos vendedores del mercado, a los cuales no habíamos visto nunca.

A Nathacha le atrae vivamente el objetivo fotográfico

—Tuvimos que esperar a que abrieran el bar Yucatán, de la glorieta de Bilbao —añade Eduardo de Santis—, donde invitamos a chocolate con churros a los padrinos y a un grupo de curiosos del mercado.

Después fueron a ofrecer el ramo de flores de la novia, que le habían regalado los compañeros de la radio, a San Antonio de la Florida, donde María Cuadra fue bautizada.

Esta es, a grandes trazos, la vida de María Cuadra, un poco romántica, un poco original y sencilla, como ella misma.

—Después hice «Buenas noches, Bettina», con Alberto Closas, y «El amor es un potro desbocado», de Luis Escobar.

En Barcelona, en el Festival de Teatro, María Cuadra interpretó «César y Cleopatra», de Bernard Shaw, y después «Colombe», de Anouilh, en el teatro Infanta Isabel, de Madrid.

—¿Por qué crees tú que la obra que estás interpretando ahora, «Casa de muñecas», de Ibsen, no ha sido un éxito?

—Según la crítica, por la dirección equivocada; según mi opinión, por la falta de ensayos.

Insistimos en que, no obstante su juventud, María Cuadra ha hecho muchas cosas. En 1958 fue contratada para trabajar en la TV, recitando en inglés una comedia con George Sanders, titulada «A Candel of the Madona». También intervino en el film «Buenos días, amor», dirigida por Franco Rossi, en la que compartía su principal papel con Walter Chiari, y en «Los tres etcéteras del capitán», con Vittorio de Sica y Daniel Gelin.

La vida para María Cuadra está llena de novedad, de deseo de superación constante y de inquietud. Su fama de actriz no la ha utilizado en ningún momento para esas vanidades de café, tan de artistas de otra época.

María Cuadra es una actriz que es noticia siempre, que interesa a los que la han visto en el escenario y a los que no la han visto nunca como actriz.

Algo tiene el agua...

MARINO GOMEZ-SANTOS

(*Fotografías Gabriel*)

Mi padre fue matador de toros: ANTONIO CUADRA, "ANTOÑETE"